



## La Oración del Viejo Jim

Oración, ayuno, obras de Misericordia— en la superficie, la agenda cuaresmal permanece igual cada año. Pero una perspectiva fresca sobre lo que estamos acostumbrados a hacer puede ayudarnos a sumergirnos a la superficie e ir más profundo de lo que estamos acostumbrados a ir.

Este pensamiento viene a mí mientras estaba leyendo *Cinco Panes y Dos Peces*, un pequeño libro por el Cardenal Francois-Xavier Nguyen van Thuan de Vietnam. Ordenado sacerdote en 1953 y obispo en 1967, fue puesto en prisión por los comunistas en 1975, y lo tuvieron allí por trece años—nueve de ellos en aislamiento solitario. Exiliado en 1991, él pasó el resto de su vida en Roma.

Como atestigua su pequeño libro, el largo y amargo sufrimiento del Cardenal van Thuan resultó ser una gran escuela de discipulado Cristiano.

“Imaginen una semana, un mes, dos meses de silencio”, él escribe. “Son terriblemente largos, pero cuando se transforman en años, se convierten en una eternidad. . . . Había días cuando, agotado por el cansancio, por la enfermedad, ¡ni siquiera llegaba a recitar

una oración!” En esos días cuando la fuerza le fallaba, el obispo encarcelado aprendió de una historia sobre un anciano a quien llamaba Jim para poder orar muy diferente a lo que había hecho antes.

Cada día, al mediodía, Jim se aparecía en la iglesia, entraba por unos minutos, y luego se iba. Sus visitas despertaron la curiosidad del sacristán, quien finalmente le preguntó por qué venía tan fielmente. “Vengo a orar”, dijo Jim. “¿Solo por unos minutos?” respondió el sacristán. “¿Cómo puedes orar en tan poco tiempo?” “Yo soy un hombre viejo e ignorante”, respondió Jim; “rezo a Dios a mi manera”. “¿Qué dices?” le preguntó el sacristán. “Yo digo, ‘Jesús, aquí estoy. Soy Jim’. Y después me voy”.

Los años pasaron, y así también la salud de Jim. Él terminó en la sala de pobres de un hospital. Cuando estaba a punto de morir, un sacerdote y una enfermera llegaron a su cama para satisfacer su curiosidad. Ellos habían notado que desde que Jim había entrado en la sala, todo cambió para mejor. “¿Qué has hecho para que estos pacientes estén felices, contentos, y amables?” preguntaron. “No sé”, respondió él. “Cuando puedo caminar, voy por aquí y por allá, visitando a todos. Los saludo, y les hablo un poco. Cuando estoy en mi cama, los llamo a todos a que vengan, los hago reír, los hago felices. Con Jim, siempre son felices”.

“Pero tú Jim, ¿por qué estás contento?” le preguntó la enfermera. “Bueno”, respondió

él, “cuando usted recibe una visita todos los días, ¿no es feliz?” “Por supuesto”, respondió ella; “pero ¿quién viene a visitarte a ti? Nunca vemos a nadie”. Jim contestó, “yo les pedí dos sillas, una para usted y otra para mi invitado. ¿Acaso no ven?” “No lo vemos. ¿Quién es tu invitado?” ella preguntó. “Jesús”, respondió Jim. “Antes, yo solía ir a la iglesia a visitarlo a Él; ahora no puedo hacer eso; así que cada día, al medio día, Jesús viene aquí”. “¿Qué te dice?” le preguntó el sacerdote. “Él Dice, ‘¡Jim, aquí estoy. Soy Jesús!’”

En sus últimos minutos antes de morir, el viejo Jim sonrió y movió su mano cerca de la silla vacía junto a su cama, como si estuviera llamando a alguien para que se sentara. Luego sonrió de nuevo y cerró sus ojos.

En la incesante soledad de su celda de prisión, el Cardenal van Thuan tuvo suficiente tiempo para pensar en el viejo Jim. “Cuando la fuerza me fallaba y no podía ni decir mis oraciones, yo repetía: ‘Jesús, aquí estoy. Soy Francisco.’ Llegaba la alegría y el consuelo, y experimenté a Jesús responderme, ‘Francisco, aquí estoy. Soy Jesús.’”

La Cuaresma es un tiempo para ir por debajo de la superficie y profundizar.